

Un microcuento de un alterego: creación de unas cuantas letras

Ginneth Pahola Cadena Malte¹

A esta hora la existencia se empaña y le repito:

Que fabule una historia con las infinitas posibilidades que nos
habitan, que no tome muy en serio lo que la memoria dicta,

Que de vez en cuando salga a caminar sobre las alas de un ave y que
tome un poco de vino, que esa puede ser la clave.

Que sospeche de todos, que se embriague con las palabras de
alguna novela y que se coma uno que otro pan de abuela.

Que lleve monedas para el autobús, pese a que viaje en bicicleta, que
no me espere nunca, pero que guarde mi comida, porque puedo
llegar algún día.

Que escuche el fuego, que cante con el viento, que sostenga el
silencio y que jamás retenga es lo que más le ruego.

Que riegue las camas, que tienda las flores y que olvide donde puso
mi recuerdo para que pueda hacer vida en algún jardín de colores.

¹ Licenciada en Filosofía y Letras, Universidad de Nariño. Estudiante de Maestría en Pedagogía, Universidad Mariana.



Te cuento que, después de un par de letras y un chocolate, logré armar por fin un repertorio con todos los retazos que dejaste luego de tu amarga retirada.

Te cuento que, estas letras contienen pólvora, que necesitan de cierta chispa para arder, para ser un faro en esta oscuridad, en esta neblina, y ayudarte a alumbrar el camino para tu salida. Pero si, por alguna razón, de esas extrañas que acompañan a los seres humanos a tomar una decisión de vez en cuando y te empujan a tomarte un copa y decides regresar, te contaré que el repertorio está listo, que las letras parecieron sexo reproduciéndose en el papel; fueron magia desbordándose en cada línea, fueron revolución, fueron miles de posibilidades expandiéndose; fueron esperanza, pero de ese tipo de esperanza que no sostiene, que no se marchita ante la decepción, de ese tipo de esperanza que vive sola, que se casa sola, que se alimenta sola, que todo lo hace sola, que no sirve, pero que sabes que está; que existe solo para recordarnos que la soledad será la única compañía imprescindible para el ser humano. Te cuento, que toda esa serie de elementos que me hacían volar, desaparecen día a día, que voy perdido la cuenta, que a esta hora llega la desesperación, o la victoria mientras cuento, cuento, cuento.



El comienzo

Había pensado que las letras son de aquel que las inspira; las letras solo nacían cuando el corazón se encontraba en el meollo de la desilusión; pero ahora, he pensado que las letras siguen siendo del que las necesita. Del señor caos llamado vida, del creador, del vagabundo, del poeta, del profesor, de la señora que cocina mientras canta, del repartidor y hasta del obrero; son del señor que vende papas fuera de la catedral, del que vende mazamorra en la mañana, del que pinta, del que patrulla, del niño que embola zapatos en el parque, de aquella mamá que vende medias en la 17 o del que vende helados fuera del colegio, del que maneja, del que cuida, del que barre, de ese que madruga, del que trasnocha, del que baila y hasta del que solo se la pasa en la cama. De ese que vende tiquetes, del que pilotea, del que navega, del que llega y del que se va, del que fuma, del que bebe y de aquel que a esta hora muere. Es de los de cerca y de los de lejos, del que siembra y del que solo come. El comienzo está en todos lados; las letras son prestadas y alquiladas a quien las necesita; se acurrucan un poco, se alimentan y se marchan; no pueden quedarse; sería una tragedia; por eso viven algunos en silencio, buscándolas en alguna enciclopedia.





Otro cuento corto

Ya no te extraño.





Que caótico es el tiempo del amor

A menudo me encuentro durmiendo entre ausencias, pensando en una esquina de mi cama sobre las investigaciones que se ha hecho del amor, sobre aquello que encontramos cuando nos sobrevolamos, pero me doy cuenta que dentro de los símbolos ya existe aquello que quiero contar; entonces, ¿cómo hacer algo nuevo?, ¿cómo le hacemos cuando todo parece estar escrito? Me parecía único el sentir del beso que recibí ayer, pero ya Barreto lo ha contado mejor que yo. Que puedo escribir entonces, si hoy me siento existencialista y Beauvoir ha representado eso que me aqueja; y, si hablo de miedos, Poe, Lovecraft y hasta Neruda lo cuentan.

Entonces, ¿qué podemos contar unos simples mortales? Me sobra un abecedario y me falta experiencia; me falta vida que complemente algo que podría escribir; ahora sé cuándo Mendoza hablaba de que toda esperanza es una trampa, pero todo humano merece una acogida entre los brazos de ella.



Quién soy

Soy la que de lunes a domingo sale a trabajar; soy la que cuida, lava y baila

Soy esa que se para en una esquina y espera un trabajo.
Soy la que enseña, la que vende y la que empaca.

Soy la que maneja, corta, cocina y bate.

Soy Amanda, María, Isabela, Martha; soy la suma de todas esas mujeres. Somos la suma de las existencias que hoy nos dieron su palabra.

Soy la que se da cuenta de nuestra edad.

Y soy la que cuenta, la que baila y la que escribe,
para que la memoria de aquellas que reposan en nosotros no muera.

